Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6905 Domingo 11 de noviembre de 2007
Temporada n° 54 **Cine GAUMONT**

VITUS (*Ídem,* Suiza, 2006). *Dirección*: FREDI M. MURER. *Libreto*: Peter Luisi, Fredi M. Murer, Lukas B. Suter. *Fotografía*: Pio Corradi. *Música*: Mario Beretta. *Montaje*: Myriam Flury. *Asistente de dirección*: Marcel Just. *Sonido*: Hugo Poletti. *Edición sonido*: Patrick Storck. *Maquillaje*: Ronald Fahm, Martine Felber. *Elenco*: Fabricio Borsani (Vitus a los seis años), Teo Gheorghiu (Vitus a los doce años), Julika Jenkins (Helen von Holzen), Urs Jucker (Leo von Holzen), Bruno Ganz (abuelo), Eleni Haupt (Luisa), Kristina Lykowa (Isabel a los doce años), Tamara Scarpellini (Isabel a los diecinueve años), Daniel Rohr (Hoffmann hijo), Norbert Schwientek (Hoffmann padre), Heidi Forster (Gina Fois), Daniel Fueter (director del conservatorio), Livia S. Reinhard, Suzanne Kunz, Thomas Mathys, Ursula Reiter, Annelore Sarbach, Adrian Fuhrer, Frank Demenga, Stefan Witschi, Stefan Schertenleib, Andreas Kramer, Flavio Delli Colli. Productoras: Christian Davi, Christof Neracher. *Productoras*: FMM Film – Vitusfilm GmbH – hugofilm. *Duración original:* 100’*.*

El film

No hay nada como ser normal. Si no, que se lo pregunten a Vitus, un niño prodigio que a los seis años es ya un virtuoso del piano y que tiene un coeficiente intelectual muy superior a la media, lo que le augura un insospechado futuro. Su padre, un ingeniero-inventor, y sobre todo su madre son conscientes de ello y se esfuerzan por proteger y encauzar tan sorprendente talento, sin pararse a considerar los sueños que el niño tiene o la soledad en que vive. Será su abuelo, un anciano cariñoso que siempre quiso ser piloto, quien sea realmente su amigo y confidente, quien le fabrique las alas para volar y quien le enseñe que hay que desprenderse de algo para llegar a ser libre.

No es la primera vez que el cine se acerca a la problemática del niño superdotado y su falta de adaptación social, ya presente en cintas como **En busca de Bobby Fischer** o **Mentes que brillan**. De fondo, se advierte una cultura enfermiza que busca ciegamente el éxito y el triunfo, la fama y el progreso socio-económico, cuando no el poder a cualquier precio. En tal espiral de posibilidades y reconocimientos, incluso unos buenos y sacrificados padres pierden el norte para conducir al hijo hacia caminos de felicidad, y acaban siendo quienes le presionan y empujan hacia un “parque zoológico” de curiosos especimenes (padres nunca retratados de manera maniquea ni despiadada, y de interpretación notable y contenida). Afortunadamente, nuestro Vitus tiene a su lado a un entrañable abuelo con quien se entiende a las mil maravillas, siempre con tiempo para charlar y nunca con agobios ni sermones para hacer tal o cual cosa. Él le enseña a disfrutar de las cosas sencillas de la vida, a encontrar su estrella y seguirla, a despegar del suelo y ser libre aunque ello entrañe riesgos o suponga lanzar al viento su sombrero.

Las relaciones entre ambos, llenas de afecto y complicidad, arman una cinta que camina por terrenos del melodrama y apunta hacia la tragedia, con momentos de intensa pero contenida emotividad. El veterano Bruno Ganz –magistral en un papel en las antípodas de **La caída**, lo que habla de su versatilidad– hace que los dos jóvenes actores que encarnan a Vitus se sientan a gusto en su compañía, y obtiene de ellos las escenas de mayor calado humano y de una sorprendente naturalidad. El carácter despierto del pequeño Fabrizio Borsani y sus grandes ojos dan vida al Vitus de seis

años, unas veces locuaz e interesado por todo, otras silencioso y enigmático como si su cerebro funcionase a mil revoluciones por senderos desconocidos. Por su parte, el virtuosismo al piano de Teo Gheorghiu –de doce años y con importantes premios internacionales en la vida real–, y su sorprendente desparpajo para moverse ante la cámara arrancan momentos de lograda empatía con el espectador.

Sin entrar al desarrollo de una historia salpicada de giros inesperados, cada uno de los niños viene a dividir el film en dos partes diferenciadas: la primera, más dramática e intimista, en un clima de admiración y dilema educativo por parte paterna; la segunda, más narrativa, donde Vitus coge todo el protagonismo y también las riendas de la vida. Entre ellas, el deseo de un niño que quiere seguir siendo niño y poder andar en bici con su amigo, que desea tocar el piano por amor a la música y no "por mamá", que quiere volar como Ícaro o construir una maqueta de avión con su abuelo. La puesta en escena de Fredi M. Murer es clásica y convencional, sólo con algunas imágenes de vídeo doméstico que nos llevan a un pasado familiar, con una narrativa que comienza invitando al espectador a adoptar una postura más contemplativa-reflexiva y con algún apunte de cómico, y que en su parte final se precipita hacia un desenlace que cierre la historia y la redondee. Quizá la subtrama romántica y la financiera-fantasmagórica del Dr. Wolf en la segunda mitad desvirtúen en su complacencia una historia que hasta entonces se encaminaba por terrenos realistas, y que desde el accidente se decanta por el cuento moral o fantástico-infantil. Pierde verosimilitud pero gana eficacia en su propósito de convertirse en un canto al respeto de la infancia y de la libertad, razón por la que también echa mano de abundantes elementos metafóricos, como el propio murciélago o los aparatos auditivos que el padre de Vitus inventa.

Por eso, habrá quien piense que le sobra metraje y alguna que otra salida rocambolesca e increíble como esos juegos bursátiles, y quizá no le falte razón; pero parece que el director ha querido apuntalar así su película con una crítica velada a ese "juego de los mayores", cegados por el afán de dinero y olvidados del placer de la familia. En cualquier caso, el espectador disfrutará con un genio encantador que, a pesar de su excentricidad y aspecto "trajeado", no pierde su alma infantil; y especialmente gustará esta película a los amantes de la música clásica –auténtica exhibición de Gheorghiu, con una asombrosa agilidad de manos– y también a quienes estén interesados en un cine centrado en los aspectos educativos.

(Julio Rodríguez Chico en *La Butaca*, Madrid, octubre 2007)

Aunque es bastante desconocido fuera de su país, el cineasta suizo Fredi M. Murer obtuvo un gran prestigio internacional con **Alpine Fire**, un título sobre dos niños que viven con sus padres en los Alpes suizos. Ahora, el director recupera el tema de la infancia en este film que preparó minuciosamente durante seis años. Hasta veinte versiones del guión ha llegado a preparar con Lukas B. Suter y Peter Luisi.

El tal Vitus que da título a la cinta es un niño prodigio de elevado coeficiente intelectual, capaz de tocar el piano como un virtuoso. Su madre está obsesionada con que reciba clases de los mejores maestros y acabe triunfando en el mundo de la música, pero él se resiste, y prefiere pasar mucho tiempo con su abuelo, con el que comparte una gran afición por los aviones y el deseo de volar en una avioneta. Tras caer trágicamente por una ventana, Vitus sufre un golpe en la cabeza que según la médico que le atiende, ha reducido su coeficiente intelectual al nivel de una persona normal.

Fredi M. Murer logra dar verosimilitud e inusitado dramatismo a una historia que toma derroteros inesperados, que en manos de otro director habrían resultado poco creíbles. Sabe sacar el jugo a intérpretes de primera, como Bruno Ganz, actor que ha logrado el reconocimiento del público por su papel de Hitler en **La caída**, que en esta ocasión encarna al abuelo. Se lucen especialmente los dos niños, Fabricio Borzani y Teo Gheorghiu, que interpretan al protagonista respectivamente con 6 y 12 años.

El director concibe la educación como una responsabilidad para el alumno, que podría usar los conocimientos adquiridos como punto de partida para nuevos avances, pues como recuerda el personaje central en una de las secuencias, la locomotora la inventó Watt y no el maestro de Watt. Denuncia la realidad de aquellos padres que proyectan sus frustraciones en sus hijos, obligándoles a seguir un camino marcado, sin ofrecerles que busquen su propia opción. Para el protagonista, buscar su camino en la vida no supone una ruptura ni un enfrentamiento con sus progenitores, sino al revés, una reafirmación de la unidad familiar. Es bastante realista su visión de la comunicación intergeneracional, paradójicamente más sencilla entre abuelos y nietos, que entre padres e hijos, a pesar de que la diferencia de edad es mayor.

(Texto extraído de *Decine21.com*)

Ciclo Retrospectivo

Siempre a las 19hs., en cine Cosmos. El próximo lunes 13 de noviembre exhibiremos:

Tres rostros para el miedo (*Peeping Tom*, Gran Bretaña-1960) de Michael Powell, c/Carl Boehm, Moira Shearer, Anna Massey, Maxine Audley, Brenda Bruce, Martin Miller. 100'.

Se verá en copia nueva, en 35mm., con subtítulos en castellano, rescatada por APROCINAIN, con la colaboración de las empresas Kodak y Cinecolor.

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**